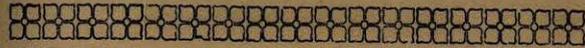


C

Abandonar a su amada para olvidarla, es una máxima de tanta sabiduría poco más o menos como ésta: dejar de comer para no sentir nunca dolor de estómago. Eso es lo mismo que dar a elegir a un goloso entre morir de hambre o de indigestión. ¿No sería insensato escoger el hambre?



MEDITACIÓN XXI

UN SENTIMIENTO VERDADERO

DESDE EL PUEBLO DE SAN SATURNINO (PUY DE DÔME)

Tengo una duda. Estos trastornos que he procurado definir, porque los he sufrido, esa alocada epilepsia interior cuyas angustias he referido, esos encuentros de individuos de un sexo con los de otro, cuyas crueldades mezcladas con tan punzantes dulzuras he demostrado, esta herida abierta en el alma, cuyo remedio en vano he pedido al cinismo de los médicos, a la frialdad de los filósofos y al escepticismo de los vividores, todo esto, ¿es verdaderamente la vida? Sí, he sufrido por mi amada hasta la agonía, he sentido a su lado y al amor de sus caricias, embriaguez de deleite que sobrepujaba todas las fuerzas de mi sér, y tan intensas, que tocaban casi a la desesperación. Los celos me han atenazado y en ciertos momentos, cuando determinadas imágenes se presentaban a mi pensamiento, mis nervios se debilitaban, una mano invisible me apretaba la nuca, la punta de un cuchillo desgarraba mi corazón, mi cerebro

se contraía, mis piernas flaqueaban, me sentía muy mal, ¡ah!, muy mal... Y me pregunto ahora, ¿he vivido? Quiero decir, ¿he conocido en su suprema intensidad las sensaciones que pueden dimanar de la mujer? Extraña pregunta que no dejo de hacerme desde ayer, en este oculto rincón de provincias, adonde he venido a pasar algunos días en casa de mi anciana tía y encontrado a uno de mis compañeros de infancia, a un infeliz médico de este pueblo, cuya historia me ha conmovido como conmueve solamente la verdad. Luego esta historia me ha sugerido dudas, esas dudas singulares que se presentan a los veinte años, cuando se empieza a vivir y hacen que se pregunte uno a sí mismo: ¿Siguiendo esta ruta erraré mi destino? Tanto trabajo como me he tomado para experimentarme con el contacto de todas las impresiones, y me encuentro ahora con que un pobre muchacho, que no ha salido de su provincia, las ha tenido mayores y más intensas que las mías. Hubiérame valido más entonces haber dejado que corrieran tranquilamente mis días, en vez de acibarar mi vida con tantas ideas y paralizar mis sentidos con el más estéril de los análisis.

* * *

Augusto Dupuis, este es el nombre del doctor en medicina a quien me refiero.

En el colegio aparecía como un joven tímido, paco, humilde. Era el colegial modelo, que nunca da qué hablar, que lleva sus cuadernos con irreprochable regularidad y que desde la décimaquinta fila, pase

a la octava, antes de concluir el año, a fuerza de trabajo ordenado y continuo. Un rasgo, sin embargo, diferenciaba a Augusto de sus colegas en medianía metódica. Entre las incoherencias de las simpatías momentáneas que uno después de otro incorporaban a los colegiales en tal o cual bando, él permanecía de año en año amigo fiel de dos compañeros elegidos por él desde el día de su entrada en el colegio, y con los que se paseaba siempre, no separándose de ellos ni en las filas, ni en el estudio, ni en el refectorio. Les llamábamos «los tres Magos», burla bastante tonta, por ninguno de los tres justificada y menos por Augusto, que nada tenía de rey, ni de Mago, y menos de Gaspar, de Baltasar ni de Melchor, aquellos suntuosos peregrinos que los antiguos pintores, como el Benozzo Gazzoli de la capilla del palacio Médicis, nos muestran con traje de seda verde o encarnada, cubierta la cabeza con un hermoso turbante lleno de pedrería y caminando a través de la llanura seguidos de dromedarios cargados con preciosos cofres.

Augusto ofrecía a la vista esa buena fisonomía placentera en que se refleja una larga herencia de sumisiones burguesas. Todo era pesado y ordinario en aquel muchacho, la cara, los pies, las manos, el gesto, los modales, todo menos los ojos, unos ojos azules, sonrientes, que demostraban una alma cándida, ojos de creyente como los que los primitivos maestros pintaban en los rostros piadosos de los donantes arrodillados en el modesto ángulo de los vastos frescos. Los ojos de Augusto decían que un alma muy tierna moraba en su cuerpo vulgar.

Era yo también entonces un adolescente poco en-

terado de las diferencias de las naturalezas humanas, y, sin embargo, un precoz instinto me revelaba el valor de esa sensibilidad del «Patoso», éste era su segundo mote, más justificado que el primero, a causa de su pesadez al andar. Me acuerdo de que quise formar parte de la sociedad de los «tres Magos», para trabar amistad con él; pero sin conseguirlo, porque aquellos tres amigos habían hecho voto solemne de no admitir entre ellos a ningún compañero más, y, á pesar de que la familia de Augusto era vecina de la mía en este pueblecillo de San Saturnino, en donde pasaba las vacaciones, nunca consintió transigir en mi favor con su infantil compromiso. Me parece vernos hablando ambos en la orilla del río Monne, cuyo murmullo oigo debajo de mi ventana al escribir estas páginas, y correr debajo de los sauces persiguiendo a los saltamontes que echábamos al río después de cogerlos para ver cómo reunían sus largas patas haciendo un gran esfuerzo, aproximándose a la orilla, para saltar a tierra. Me parece estarme aún oyendo decir a Augusto: «—¿Quieres ser mi amigo?...»—y él contestarme: «—Si no lo fuera de Fulano y de Zutano, lo sería; pero es imposible...» ¡Oh, tierna y ridícula candidez de una edad en que se cree hasta ese punto en la seriedad de las cosas del corazón y en que las simpatías nuevas son una traición hecha a las antiguas! ¿Se tiene razón entonces, en esa época del exclusivismo celoso, o más tarde, cuando se pone en práctica el cómodo refrán: «perdido uno, diez se encuentran...»? Pero quien no ha conocido este género de susceptibilidades, no fué nunca buen amigo.

* * *

Los años habían pasado desde que, inocentes verdugos, echábamos al agua aquellos débiles insectos. Desde la muerte de mi padre olvidé el camino de este pueblo oculto entre los montes de esta provincia del centro de Francia, y en el que no se halla ninguna villa o quinta de recreo, en donde un amante pudiera ocultar a mi Coleta. Sabía, sin embargo, por conducto de mi tía, que Dupuís había concluído la carrera de Medicina en Clermont Ferrand, que se había establecido en San Saturnino, que se casó con una muchacha de Saint-Amant-Tallende, cabeza del partido, y que su mujer le había abandonado, ganosa de correr el mundo, marchándose en compañía de un periodista que se presentó en el pueblo, en tiempo de elecciones.

La fuga de madame Dupuís permaneció en estado de leyenda en la comarca, y cuando mi anciana tía creía de su deber dirigirme algunas cartas respecto a mis comedias o a mis novelas, que yo la enviaba con malicia y que ella leía concienzudamente, nunca dejaba de comparar a mis heroínas con madame Dupuís. Luego añadía algunos detalles de la vida de esta desgraciada, y me preguntaba si no había tenido noticias de ella en París, figurándose, sin duda, que los escritores formamos una especie de Casino en donde se citan los nombres de todas las vividoras de Francia y de Europa. Pero esta correspondencia familiar sufrió, por culpa mía, largas intermitencias, y además mi buena tía tuvo que hacerme otras preguntas, ¡ay!,

respecto a mis deudas y a mis desórdenes; así fué que no dejó de admirarme la noticia cuando preguntando, la misma noche de mi llegada, por Dupuis, mi tía me dijo:

—¡Cómo! ¿no lo sabes? Perdonó a su mujer...

—Entonces la veré—respondí—, prometiéndome de antemano distraerme con la conversación de esa Bovary auténtica. Acababa apenas de llegar a San Saturnino para descansar de la vida parisién, y ya echaba de menos el boulevard, ese boulevard que tanto aborrezco cuando me hallo en París. «Ni contigo, ni sin ti...» dice un cantar español, una de esas canciones que se cantan en España con su singular y expresivo acompañamiento de olé, olé. ¡Ni contigo, ni sin ti!... ¡Qué gráfico es eso aplicado a todos los amores de mi corazón inquieto y a todos mis gustos también!...

—Hace seis meses que murió—replicó mi tía, que nunca ha oído cantar *flamenco*, y que practica ingenuamente el lema de que la planta debe morir en el sitio donde nace. Y continuó detallándome con horror el fin de la misteriosa madame Dupuis: «—¿Concibes tú—me decía—, que tuviera la desfachatez al volver aquí, de traer consigo a una niña que tuvo, Dios sabe con quién?...» Y el doctor se ha quedado con ella; si fuera por caridad, menos mal...; pero no, la quiere tanto, como si fuera suya... ¡Oh, esto le perjudica bastante en el país! Mucho me hubiera divertido esta frase por lo que en sí encerraba de falsa moralidad, si la rareza de sentimentalismo que mi tía acababa de revelarme en ese Augusto Dupuis, alias «Rey Mago» alias «Patoso», considerado por mí en

todo tiempo como el más vulgar de los hombres, no me hubiese interesado en alto grado.

Acostado ya en una cama cuyas sábanas raspaban, pero que olían a espliego fresco, y en medio de ese silencio del campo, que quita el sueño mejor que el ruido, cuando se acaba de dejar París, eché a un lado los recuerdos de mi juventud para dar vueltas en mi mente al caso de mi antiguo camarada de las orillas del Monne, menos inteligible para mí por tener fijo en la memoria lo ocurrido a Roger Valentín. (*Véase la Meditación XII.*) ¡Qué suave era aquella noche el murmullo del río y con qué melancólica ternura me cía mis pensamientos!

De modo que—pensaba yo—Roger sufre por la existencia de una niña que su mujer tuvo de su primer marido, aun cuando la existencia de esa niña no represente ni vergüenza, ni perfidia, mientras que Augusto tiene delante de él, a su lado, a todas horas y siempre la prueba viva de la traición de su mujer encarnada en esa niña; la ve ir y venir, sonreirse y mirar, con sonrisas que se parecen a las de su mujer y tal vez a las del *otro*, el verdadero padre; con ojos en los que ve el color de los que le han mentado amor, con cabellos que ostentan el reflejo de los que el *otro* ha atado y desatado. Que lo soporte, pase; pero mi tía pretende que Augusto quiere mucho a esa niña. Pues bien; entonces es porque no ha amado nunca a su mujer. Sin embargo, mi tía me ha probado lo contrario, pues recuerdo me decía en sus cartas que el dolor de aquel marido abandonado inspiraba compasión aun al corazón más empedernido. Parece que los cabellos de Augusto encanecieron en

pocos meses, y que él, tan alegre y tan buen compañero antes, estaba ahora siempre triste y taciturno. ¿Cómo pueden aunarse estos dos amores, el que se tiene a la mujer infiel y el que se profesa al fruto del adulterio? Para llegar a comprender, por analogía, a mi antiguo camarada de colegio, me figuraba los sentimientos que hubiera yo experimentado por una hija que hubiese tenido Coleta de uno de mis rivales, de Salvaney por ejemplo, de ese *bosk* del mundo, de quien he tenido la vergüenza de estar celoso. Me representaba a esa niña imaginaria, y me parecía que solamente su respiración me hubiera hecho prorrumpir en gritos de dolor.

Y eso que Coleta no era más que una amada, escogida por mí en el mundo galante, y no ignoraba, cuando tomé relaciones con ella, que había tenido ya innumerables amantes. Este es otro problema. Se sabe que una bribona se ha entregado a unos y a otros, que la han pagado, que ha principiado esa vida al salir del Conservatorio... Se han oído las anécdotas que sus compañeras cuentan respecto a su modo de proceder, y se conoce por referencia su hermosura oculta. Después, al tratarla, se ha comprobado todo esto, se ha visto que las anécdotas eran verdaderas, que las descripciones de su beldad exactas, y a pesar de todo, se sienten celos por esa mujer despreciada de antemano; pero celos tales, que no parece sino que se ha sido su primer amante. ¿Qué atroces no serán, pues, los que se experimenten cuando en realidad haya sido uno el primero, y cuando se trate de una mujer iniciada por uno también en la vida del corazón y de los sentidos? Porque

aquél no se despierta verdaderamente sino cuando éstos han hablado. ¿Y es posible que tales sentimientos no torturaran a ese hombre, tan enamorado antes de su mujer, en presencia de una niña habida por aquélla de otro, cuando él mismo, este es el caso de Dupuis, no los ha tenido de ella?... ¡Vaya, vaya!.. y la sonrisa de la amargura apareció en mis labios producida por las imágenes que se presentaban en mi mente.

Pues bien—me decía yo, siguiendo mis reflexiones—; Augusto será uno de esos héroes de moralidad personal como los que evoca Dumas. El marido de: *Monsieur Alfonse* perdona también a su mujer el haber tenido una hija con otro. Bastante he defendido yo esa escena el día del estreno, y ¿no tenía razón al sostener que aquel perdón era un rasgo de profunda humanidad? En el *Petit-fils de Mascarille*, ese burlón de Meilhac abunda, en el sentido de Dumas apóstol; sin embargo, la diferencia es grande, porque el niño de Monsieur Alfonse y el de Valentina en el *Petit-fils*, son ambos de *antes* del casamiento, mientras que la niña adoptada por Augusto es de *después*.

Un abismo separa estas dos situaciones.

Pero es muy posible que la difunta señora Dupuis haya llegado arrepentida y haya representado también ante ese «patoso», la comedia clásica: «¡Ah, no te conocía, tú tan bueno, tan noble; pero créeme, a nadie he amado más que a ti...! ¡Trémolo en la orquesta! Hay mujeres que os hacen tragar esa bola colosal de que no os ha sido infiel más que para preferiros; esto es bastante lógico, puesto que no hay preferencia sin comparación. Cuando era niño, Au-

gusto producía la impresión de un sér capaz de creer que los bueyes vuelan, ¡quién sabe si esa mujer no le habrá hecho creer ahora que cuando concibió a aquella niña pensaba en él con toda su alma! Alfredo de Vigny pone este extraño verso en boca de un marido infiel: «La infidelidad misma estaba llena de ti...»

* * *

A pesar de estas reflexiones, o a causa de ellas, me encaminé a eso de la una de la tarde, después de comer esa comida de provincias tan copiosa y que se verifica a medio día, me encaminé, digo, con grande curiosidad, a casa del doctor. Augusto habita en el extremo del pueblo, la casa en donde ha nacido, en donde ha muerto su padre, y en donde envejeció el abuelo Dupuís, gotoso y burlón. ¡Cuántas veces, bien me acuerdo, nos cantó aquel viejo jacobino la canción liberal de 1830: «Abuelo, abuelo, bien quisiera volver por allá...»

Contemplaba yo, andando muy despacio, este horizonte que he conservado tan vasto en mi memoria y que encuentro ahora empequeñecido, pero más íntimo, más dulce todavía: el pueblo se compone de una sola calle; las casas, apretadas las unas con las otras, dominan el estrecho valle por donde corre el Monne. Del otro lado del río el monte ostenta su pendiente, cubierta de frondosos árboles y terminada por unas extrañas construcciones. Un gran señor muy caritativo imaginó, un año en que el trabajo faltaba, emplear a los obreros pobres en fortificar la cresta de aquella colina con torrecillas y murallones

edificados con piedras sin cemento. Una brisa fresca que llegaba de las lejanas cimas de la montaña y que venía por el estrecho valle del río, mitigaba el calor. Y, al seguir mi camino, me preguntaba yo si no hubiera sido más cuerdo permanecer en mi pueblo natal cuidando de mi hacienda, más bien que ir a correr el mundo persiguiendo quimeras tan vanas, como el humo que salía de la chimenea de una casucha oculta entre los árboles del monte. Pero, no; puesto que el doctor, mi amigo de la infancia, ha encontrado aquí, en este oculto rincón del mundo, la misma perfidia que yo en los bastidores de un teatro parisién, y no ha tenido para consolarse de aquella infidelidad una sociedad exquisita con quien tratar, ni el recuerdo de sensaciones que son un deleite, aun en medio del dolor que nos producen...

Me detuve bastante tiempo delante de la casa de Dupuís; un jardinito, que conozco muy bien, la separa del camino, y tiene detrás un gran vergel, que forma cuesta hasta la orilla del río. Observé que el palomar está en el mismo sitio, como también el reloj de sol, en cuyo horario grabó el abuelo la siguiente inscripción en latín: «No faltan más que las horas nocturnas.» Pero los ladridos del perro, que saliendo de su nicho, se lanzó a mi encuentro, me probó que yo no era ya persona familiar en aquella morada, y lo mismo sucedió con la sorpresa del hombre gordo que avanzó hacia mí, después que la criada me anunció: «¡Cómo, eres tú, Claudio, será posible...! y me hizo entrar en un depacho lleno de libros y de entregas en donde, sentada en una alfombra algo deteriorada, jugaba una niña de siete a

ocho años, fina, delgada, de rubios cabellos tejidos en una ancha trenza, y a cuya niña, Augusto dijo con dulce acento:

—Luisa, anda, hija mía, vete a jugar al jardín.

—Sí, papá—repuso ella—; pero me llevaré a Lucía, ¿sí...?

Y salió llevando en brazos a una muñeca, a quien estaba vistiendo en aquel momento.

La casualidad me había puesto en seguida frente por frente de la hija del *otro*, y reconocí también en el rostro envejecido del médico los buenos y cándidos ojos de mi antiguo camarada del colegio de Clermont, que miraban sonrientes a la niña. Sus pupilas tenían siempre quince años; pero las precoces arrugas de los carrillos y de la frente, lo canoso de sus cabellos, de que me había hablado mi tía, y una expresión particular de la boca, demostraban que aquel hombre, nacido para la alegría de una vida confiada y tranquila, había sufrido mucho. Una fotografía, casi de tamaño natural, colgada encima de la camita de la pequeña, representaba a una mujer linda, graciosa y joven todavía. Adiviné a primera vista, por el parecido, que era la madre de la niña. Por la ventana abierta, y mientras que Augusto no cesaba de hacerme afectuosas preguntas, oía la risa argentina de aquel ángel, que había abandonado la muñeca para jugar con el perro, y la voz de la sirvienta que reñía a éste por sus movimientos demasiado vivos.

—Esta es mi vida—concluyó diciendo mi compañero, después de haberme contado cuáles eran sus ocupaciones—, y me siento, sino feliz, contento a lo menos, como decía el otro. Luego repuso con cierto

embarazo: «¿Habrás sabido la desgracia que me ocurrió?»

Augusto pronunció esta frase con un tono tan triste y tan sencillo, que bastaba para detener la sonrisa en la boca más irónica y que me conmovió profundamente. ¡Ah, tendré que ser muy viejo cuando no me estremezca al contacto de las sensaciones humanas!

—Cómo ha de ser—continuó—, me casé con una mujer que necesitaba más cariño que el que podía dar un patoso como yo. Era una artista, tocaba perfectamente el piano, había sido esmeradamente educada en París... mientras que yo...

Desde luego conocí el motivo de su confidencia; calculaba él que mi tía hubo de contarme sus desgracias, y sentía que yo culpase a la mujer que había amado, sin que nadie la defendiera.

Después de una pequeña pausa, prosiguió:

—He comprendido, te lo aseguro, aunque demasiado tarde, que tuve yo gran parte en su culpa. Cuando me escribió que era muy desgraciada y fui a buscarla, si hubieras visto su sorpresa, su llanto, su agradecimiento... ¡Ah! Durante los últimos meses de su vida, la felicidad que me proporcionó ha compensado bastante bien las lágrimas que me hizo verter... Acabas de ver a la niña, se parece toda a su madre... me la recuerda por su voz y hasta por sus menores gestos... Ya sé que me vituperan, que me tachan de débil, de ridículo...

Se encogió de hombros, y luego continuó haciendo un movimiento de cabeza, y hablando en voz baja:

—Cuando se ha amado a una mujer, como yo

amaba a la mía, es para siempre, y se ama todo lo que nos la recuerda, todo, ¿me comprendes bien...?

Mientras mi infeliz compañero me estaba hablando de este modo, veía sus ojos, tan cándidos de suyo, llenarse de lágrimas, y en vez de encontrar su emoción ridícula, me pregunto ahora: ¿en dónde se halla la vida profunda del corazón, entre el sentimiento que éste conserva a la mujer que le ha hecho traición a él, tan bueno, tan incapaz de odiar, o en mi feroz, mi vergonzoso rencor? ¡Ah! ¿Será que no he amado?



MEDITACIÓN XXII (1)

FISIOLOGÍA DEL FISIÓLOGO

Señor Director *La Vie Parisienne*.

Meggen, cerca de Lucerna, Septiembre de 1883.

Habéis publicado, mi querido director y amigo, todo cuanto os he enviado del manuscrito de mi pobre compañero Claudio Larcher, con una amabilidad que no carece de mérito, porque ha caído sobre vos y sobre mí, simple ejecutor testamentario, una lluvia de cartas atroces desde el día en que el primer capítulo de esta *Fisiología* vió la luz en las columnas de *La Vie Parisienne*. Ni vos ni yo sospechábamos, ¿no

(1) Aun cuando el prefacio del presente libro contiene suficientes indicaciones referentes al objeto que se propuso conseguir el desgraciado Claudio Larcher, los lectores que hayan experimentado alguna simpatía para este héroe de la *Fisiología y de las Visiones* encontrarán, tal vez, algún interés en los informes demasiado poco numerosos, recogidos en los últimos días de su vida. Atentos a esta idea, he creído deber dejar a estos informes el tono general de la obra, a la que sirven de complemento y conclusión.

P. B.